

minar acogiéndose, más bien, a la seguridad que da el orden moral, en la tradición senequista, spinoziana, kantiana. Pero antes habrá de apurar la hiel que sobre su existencia personal destilan las antinomias con que se ve enfrentado y que, como resultado de la reacción de una sensibilidad, configuran una filosofía trágica. En efecto: la pérdida del yo podría significar la conquista panteística del ser a través de la identificación con todos los hombres y con el universo, pero «Nuestro destino es trágico porque somos irreparablemente individuos coartados por el tiempo y por el espacio; nada, por consiguiente hay más lisonjero que una fe que elimina las circunstancias y declara que todo hombre es todos los hombres, y que no hay nadie que no sea el universo» (Prólogo a Emerson, Clásicos Jackson, vol XXXVI, p. XIII).

Si en algunos relatos el autor permite al protagonista identificarse con la mente infinita y abarcar el universo (como en *El Aleph*, *La escritura del dios*, *Funes el memorioso*, *El Zahir*), el presunto logro aparece siempre frustrado de una u otra manera. De ellos puede decirse lo que el autor comenta de una obra de Herbert Quain: «todo es ligeramente horrible, todo se posterga o se frustra».

Se ha notado que el oxímoron es la expresión literaria de la paradoja, o, al menos, una de sus formas; pero la paradoja, a su vez, es la expresión de la condición trágica del hombre... No es casual que Borges frecuente a Pascal, cuya posición esencial, según Lucien Goldmann, reside en el hecho de que ninguna afirmación teórica o moral referente al mundo o a la vida en el mundo tenga cabida en los *Pensamientos* sin que se adjudiquen a un mismo sujeto dos atributos contradictorios. De este modo, lo trágico en Pascal expresa «el choque entre un mundo en el que no se puede vivir sin elegir, y el hombre, cuya grandeza consiste precisamente en la exigencia de tocar y colmar los dos extremos contrarios y en la imposibilidad de elegir» (*Recherches dialectiques*, Gallimard, París, 1959, p. 157).

¿Qué son, por otra parte, nuestras vanidosas fabricaciones sino la forma que toman nuestros deseos? Una descripción semejante a *El Aleph* —quizás más bella literariamente— nos la ofrece *Mateo*, XXV, 30. Pero aquí añade una variante idealista que suscribirían Cassirer, Russell, Bradley y otros: nuestras conclusiones filosóficas y científicas no reflejan tanto la estructura del mundo como la de nuestra mente. En este relato, el mapa del universo que el escritor traza, no es sino la síntesis de su propio arte: «Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su propia cara».

Idealidad del espacio y del tiempo, pérdida de la identidad personal, extravío: temas mayores del pensamiento barroco que desencadenan la imaginería de Borges —hecha de tigres, laberintos, espejos y espadas— como recurso de superación en lo imaginario de las aporías de la razón. Comprimirá el espacio en un punto, diluirá el tiempo en el instante, salvará la eternidad por la supervivencia en un sujeto único: todas estas operaciones de la razón no pasarán de ser «consuelos aparentes y desesperaciones secretas».

La obra de Borges —tanto los ensayos como los cuentos que los reduplican en lo imaginario o las poesías que los condensan— aparece como una estructura de «tema con variaciones»; así, el tema de la legalidad del mundo —*ratio, logos*— es el Dios de la tradición cristiana, el de Spinoza, la mente infinita de Leibniz, la hipótesis de Laplace, la máquina de calcular de Lulio, la biblia de los cabalistas, la clave alquímica, el idioma analítico de John Wilkins... Simultáneamente aparecen los contratemas —el caos— y, como una deformación picassiana de los clásicos, acumula las degeneraciones a que la razón se ha visto sometida por el *pondus* ineluctable de la irracionalidad o el desorden: herejías, infamias, dioses borrachos. No sabemos si existe un *logos*; si existe, no podemos conocerlo, y menos aún, expresarlo. El único mundo es el que nosotros hemos construido, el mundo de la cultura: «La imposibilidad de penetrar el esquema divino del universo no puede disuadirnos de planear esquemas humanos»... El único modo de eludir el escepticismo, consistiría en asumir el idealismo, pero «el mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges».

Si frente al caos el autor ofrece a veces la visión de un mundo regido por la divinidad, lo hace para, por contraposición, ahondar la fisura que separa a los hombres de Dios, y, al mismo tiempo, enaltecer al planeta Tlön, planeado por los hombres y destinado a ser descifrado por ellos: «Inútil responder que la realidad también está ordenada. Quizá lo esté, pero de acuerdo a leyes divinas —traduzco: a leyes inhumanas— que no acabamos nunca de percibir».

El símbolo del jaguar —variante del tigre que la lectura de Blake le sugiriera— encarna con precisión la dualidad trágica, pues «reúne lo decorativo y lo despiadado». Nuestras empresas fáusticas están condenadas al fracaso, y este reconocimiento se tiñe a veces de ironía: «el propósito de abolir el tiempo ya ocurrió en el pasado, y —paradójicamente— es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible, tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el propósito de abolir el pasado»; «... notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa sea el universo. Cabría ir más lejos; cabe sospechar que no hay universo en el sentido orgánico, unificador que tiene esa ambiciosa palabra».

6. A medida que los años pasan el pensamiento de Borges se va tiñendo de tintes estoicos: «Nada esperes en el laberinto de causas y efectos». «El proceso del tiempo es una trama de efectos y de causas, de suerte que pedir cualquier merced, por ínfima que sea, es pedir que se rompa un eslabón de esa trama de hierro, es pedir que ya se haya roto. Nadie merece tal milagro.» Someterse a la razón y practicar la virtud —los dos lemas que definen el estoicismo de Séneca— a quien Borges quiere contar entre sus antepasados— reaparecen nítidamente en la obra final de Borges: «Desconocemos los designios del universo, pero sabemos que razonar con lucidez y obrar con justicia es ayudar a nuestros designios, que no nos serán revelados». Tal como dice a propósito de la obra de Shaw, la suya «deja un sabor de liberación. El sabor de las doctrinas del Pórtico y el sabor de las sagas».

7. Borges explora las empresas históricas —filosóficas, teológicas, heréticas, cabalísticas— que han pretendido explicar el universo. Una vez mostrada literariamente la

inanidad de tales empresas Borges adopta una actitud escéptica en lo intelectual y trágica en lo existencial, para acabar adoptando el programa mínimo del estoicismo: someterse al *logos* y practicar la virtud.

Sería el momento de recoger los procedimientos propiamente literarios a través de los que este proceso toma cuerpo, así como los símbolos privilegiados de los distintos momentos, laberintos, tigres, espejos, a través de los cuales el infinito lleva a cabo su labor corruptora por complicación, réplica, enumeración o multiplicación; el gran símbolo del pájaro —el simurg, el ruiseñor de Keats— que es todos los pájaros y en el que el idealismo encarna toda su inanidad; el jaguar, símbolo de la esencia trágica del mundo, por reunir en sí lo decorativo y lo despiadado; el héroe, la espada, la gesta, encarnaciones de la virtud contra las que el tiempo no tiene poder. Pero, si, según creemos, éste es el esqueleto del pensamiento filosófico de Borges, no hay que olvidar que otros muchos temas de la historia de la filosofía y de la cultura en general aparecen vinculados y explorados literariamente junto con éstos... Repasarlos aquí sería empresa excesiva... Un ejemplo lo constituye el principio de los indiscernibles de Leibniz: «aplicar el principio leibniziano de los indiscernibles a los problemas de la individualidad y del tiempo» reconoce el mismo Borges que ha sido una de sus tareas. La lista de sus obras que tratan el tema son «Inscripción en cualquier sepulcro» y «El truco», poemas de *Fervor de Buenos Aires*; «La nadería de la personalidad» y «La encrucijada de Berkeley», ensayos de *Inquisiciones*; «El truco» y «Sentirse en muerte» de *El idioma de los argentinos*, recogido en *Nueva refutación del tiempo*, y como artículo en *Otras Inquisiciones*. También en «El jardín de senderos que se bifurcan» y en «Manuscrito encontrado en un libro de Joseph Conrad» aparece utilizado como la *parábola de las monedas de cobre* en *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*.

Queremos destacar que hay en Borges una secuencia tanto lógica como cronológica en su manera de entender y vivir la filosofía. Explora primeramente las posibilidades que le ofrece el racionalismo, creando relatos en los que de alguna manera se cumpla la usurpación de la mente de Dios; para ello toma de Spinoza, de Leibniz, de Averroes o de Juan Escoto Erígena los elementos panteístas que mejor le vienen al caso: la noción lógica de sujeto en Leibniz: en él están contenidos todos los predicados (así en *La casa de Asterión*); la noción spinozista de sustancia (por ejemplo, en la *La escritura del dios*); el intelecto común averroísta. Prolijó resultaría enumerar todos los poemas, relatos o ensayos en que estos elementos racionalistas y panteístas están materializados. La empresa resulta vana, y los relatos muestran con sus procedimientos específicos —degradaciones, enumeraciones, frustraciones, etc.— su inanidad.

El fracaso provoca una actitud escéptica, y Hume resulta la figura señera, como el gran avisador, el introductor de la sospecha con su crítica del principio de causalidad, del de sustancia, del uso de los sustantivos, de la identidad personal, del concepto de espacio... *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius* es, a nuestro parecer, el relato que recoge los temas mayores de la filosofía humeana.

El *pondus* de la realidad —caótica, infame, despiadada— desbarata todas las vanidosas fabricaciones de la mente, dejando una única salida: la que ofrece el idealismo. En torno a la idea del mundo como producto mental podrían alinearse una serie de

relatos, ensayos y poemas. Nuevamente la realidad se impone: el hombre es un ser trágico, que atrastra su escindida condición entre los mundos que le es dado construir, fabular o imaginar y su propia realidad y la del mundo: el mundo y Borges, desgraciadamente, son reales.

Sólo el mundo de la ética —como en los estoicos, como en Bayle, como en Kant— es el reducto inexpugnable frente a la duda, a la acción corrosiva del infinito, y a cubierto de los espejismos idealizantes. Los temas mayores de su reflexión, en su etapa final, serán, como él mismo dice, la vejez y la ética.

Se muestra buen conocedor de la historia de la filosofía cuando se lanza a una clasificación de los pensadores; todos ellos se pueden alinear en dos grandes bloques: los realistas y los nominalistas o, lo que es lo mismo, los racionalistas y los empiristas.

8. Las aportaciones a la filosofía de este «argentino extraviado en la metafísica» hubieran podido ser: la negación del tiempo, al llevar a su límite lógico las previas negaciones de la materia y del yo— por obra de Berkeley y Hume, respectivamente, apoyándose en el leibnizeano principio de los indiscernibles—; la afirmación de que el espacio es un episodio del tiempo, y la propuesta de que el idealismo constituye la única manera de eludir los abismos en que nos precipita el concepto de infinito. Hubieran podido ser, pero esas elucubraciones no son sino «desesperaciones aparentes y consuelos secretos». El propósito de Borges no es el de añadir un nombre a la lista de ilustres solitarios. Se ha tomado la distancia suficiente para ver la totalidad de la cultura como un extraño planeta —Tlön— que es el nuestro, y en el que aquella ya hace peso y lo ha transformado. En él, la filosofía aparece como un elemento tan fantástico como las artes, y el estatuto de especificidad que sus cultivadores de oficio le atribuyen queda diluido en el planeta que la imaginación homogeneiza. Así mirados, el panteísmo de Spinoza o el de Whitman no difieren por el grado de convicción —que es nula—: interesan por lo que tienen de maravilloso.

Fascinado por la «estética de la inteligencia» que manifiestan las filosofías racionalistas, no olvida los restos, los intersticios, las fisuras de la razón por las que se desangran. El talante de Borges es trágico, pero la conciliación de los extremos de la tragedia no es dialéctica —la «astucia de la razón» no aminoraría nuestras penas— sino sublimatoria: la cultura, si no disuelve la tragedia, la hace, al menos, soportable.

9. El final, como en otros esforzados pensadores, es estoico: «Desconocemos los secretos del universo, pero sabemos que razonar con lucidez y obrar con justicia es ayudar a esos designios...» Vista a la distancia de Tlön, la filosofía no es distinta de una novela, «juego preciso de vigilancias, ecos y afinidades». La historia de la filosofía deja de ser un campo de Agramante para convertirse en un teatro en el que un autor único ejecuta variaciones sobre un tema también único. De este modo, la paradoja de Aquiles y la tortuga es el argumento del tercer hombre de Aristóteles, el escepticismo de Sexto Empírico, la vía de la causalidad de Tomás de Aquino, el idealismo de Bradley: «Quizás la historia universal no sea sino la modulación de unas cuantas metáforas».

«Las invenciones de la filosofía no son menos fantásticas que las del arte.» Por otra parte, «todas las artes propenden a la música, el arte en que la forma es el fondo»... Pero, hay más: «*La música* (escribe Schopenhauer) *es una tan inmediata objetivación*

de la voluntad como el universo. Es postular que la música no precisa del mundo». En Tlön la metafísica se salva por su acercamiento al arte, y propende, como éste, a la música. Las mitologías de la razón —como los mitos de Lévi-Strauss, que se confiesa músico frustrado— son sinfonías conceptuales, pero Carnap, con olímpica serenidad, les niega incluso esa limosna.

Manuel Benavides

